

en **Vi**aje

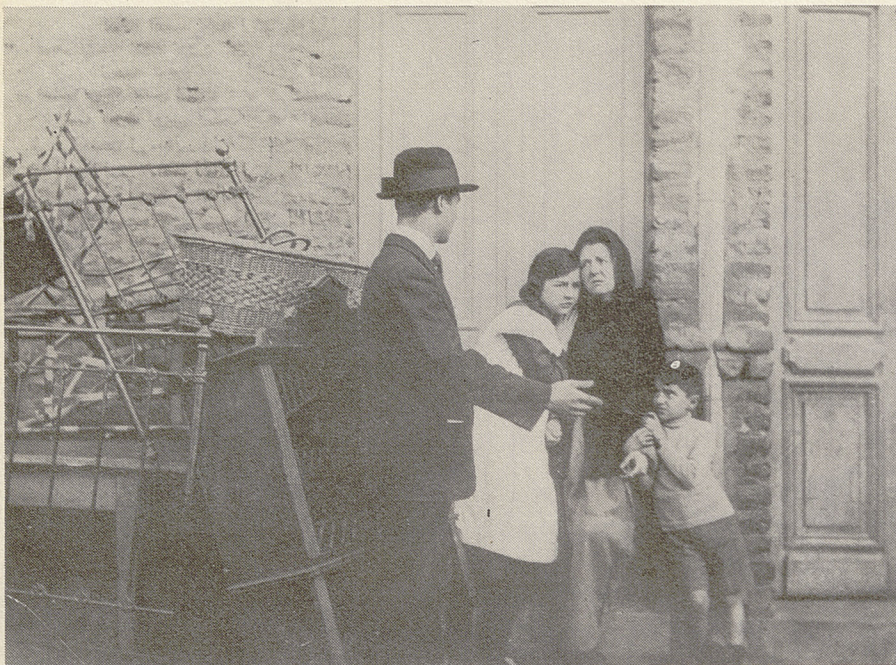
Nº 412

FEBRERO

1968

Eº 1.50





Ernesto Beuchat y Nena Carrasco en una dramática escena de "Uno de Abajo", cinta filmada en una casa de la calle Portugal, el año 1920



El hombre común, protagonista casi simbólico del excelente filme de A. Covacevich "Morir un poco", matiza su chata existencia con un "streak"

LA TEMATICA SOCIAL en el CINE CHILENO

por MARIO GODOY QUEZADA

(Autor del libro "Historia del Cine Chileno")

Los problemas que afectan al hombre común, a ése que André Maurois llamó "ciudadano de la calle" han sido tratados en tres oportunidades por el cine chileno. Mejor o peor según la técnica de cada época y el presupuesto de que en cada oportunidad se dispuso, la iniciativa merece, en todo caso, ser valorada en su intención.

Los tres títulos con inquietudes sociales son: "Uno de Abajo", filme de Armando Rojas Castro, producido en 1920; "Barrio Azul", dirigido por el periodista René Olivares en 1941 y "Morir un poco", filmado y estrenado por Alvaro Covacevich el año pasado.

La primera producción enfocó con un sorprendente realismo el problema del alcoholismo crónico en nuestras capas sociales inferiores. Sus escenas fueron filmadas en auténticas casas de tolerancia y cantinas del viejo barrio San Pablo. El argumento era simple: un padre se daba a la bebida, llevaba a su hogar a la ruina y causaba con engaños una tragedia mediante la entrega de su propia hija a la trata de blancas. El héroe del filme era el hermano, que la rescataba en encarnizada lucha con el villano "kaf-ten". La obra de teatro con el argumento original se estrenó el 25 de octubre de 1925 en el teatro Alhambra, de Santiago y en una de sus escenas mostraba a la familia lanzada a la calle por morosidad en el pago de arriendos, con todos sus enseres y miserias en la calzada. Su realismo sin aspavientos ni concesiones le mereció elogios de la prensa y de personalidades destacadas, como el senador y periodista Eliodoro Yáñez.

BARRIO AZUL

El filme del periodista René Olivares, "Barrio Azul", cruda crítica a la insalubridad de los conventillos capitalinos, sufrió suerte muy distinta y resultó una aventura fallida. Su débil argumento, personajes falsos y poco profundos, lo hicieron una caricatura de las intenciones del director. Debutó en él Esther Soré, recién bautizada "negra linda" de la radio, cantando muy entonadamente, pero no sabía qué hacer con sus manos. Alfonso Jorquera resultó risible en su papel de líder que abandona sus ideales por seguir a una vampiresa. A ésta, Helia Grandón, le sobraban kilos por todas partes.

La cinta fracasó totalmente y, de acuerdo con la crítica de la época, su nivel fue desastroso.

Cuando "Barrio Azul" se estrenó en Santiago, el 27 de mayo de 1941, la Segunda Guerra Mundial estaba en sus comienzos, los Estados Unidos aún no eran atacados en Pearl Harbour por la flota imperial nipona y el gobierno de Tokio acababa de regalar al de nuestro país una inmensa bandera chilena de seda que, se dijo, era la mayor del mundo. Por aquellos mismos días se suicidaba la escritora Virginia Woolf.

Cuando la gran contienda tuvo su atómico punto final, éste no sólo marcó el principio de una era de relativa paz, bautizada como *fría*, sino también de la división de la humanidad en dos ideologías opuestas que gastan millones de dólares en atraerse las simpatías (y/o las convicciones) del hombre común, del "ciudadano de la calle".

El señuelo de la paz que sería garantizado por un parlamento internacional sólo pudo concretarse en el rascacielo de cristal que alberga a las Naciones Unidas cerca de la ribera del anchuroso y comercial río Hudson. El sueño de un mundo edificado sobre la base y la meta de la felicidad del hombre común fue quebrado por la crisis del canal de Suez, la guerra de Corea, las crisis del Oriente y ahora es Vietnam el instrumento para mantener abierta la herida y recor-

darnos que, al menos todavía, ese mundo es utópico.

Un cineasta chileno, seguramente sin quererlo, recogió en un filme distinto y hasta audaz en su sencillez, la constante de esa ironía universal que es como la suma de todas las pequeñas personales frustrantes tragedias de millones de hombres comunes para conformar la gran tragedia de nuestro tiempo. Así nació la cinta "Morir un poco", cuyo subtítulo es, precisamente...

HISTORIA DE UN HOMBRE COMUN

El "ciudadano de la calle" que protagoniza "Morir un poco" avanza siempre, pero nunca llega, mira, pero no ve, aprecia por terceros... El progreso lo rodea, pero él no lo disfruta. Gana lo suficiente para su subsistencia, pero demasiado poco para su vida. Y avanza, día tras día, siempre a la misma hora, siempre por las mismas calles, viendo siempre los mismos rostros, a cumplir la misma rutina, mientras a su lado, sin verlo y sin que él pueda verlos, otros cientos, otros miles, otros muchos interminables parecidos miles de hombres comunes comparten su destino sin destino.

Es el morir un poco del hombre común, que todos los días deja un poco de su vida en un devenir sin una meta, sin afanes, sin inquietudes ni horizontes. Ese hombre que como vive sobre la tierra misma sale a buscar lo "bonito" a los parques públicos y tropieza con una belleza prohibida: no pisar el pasto, no cortar las flores, no bañarse en la pileta. Y entonces ante tanto no el hombre común se rebela, se hace por unos minutos siquiera, revolucionario y pisa el césped, corta las flores y se mete, gozosa y rebeldemente al agua, avanzando, desesperadamente, hacia el caer de la cascada y el filme termina con su esfuerzo inútil, pero hermoso de fundirse con esa agua y desaparecer, purificándose, en ella.

"Morir un poco", por el talento con que nos muestra al hombre común ha conseguido, al menos por un instante, hacer vivir un poco la esperanza de un cine chileno.